

PREGÓN DE DOMINGO DE RAMOS
PARROQUIA DE SAN PEDRO APÓSTOL
23 DE MARZO DE 2019

Fernando Castillo Rigabert

Querido D. José, párroco de San Pedro y Consiliario de la Cofradía,

Queridos Hermano Mayor y Junta Directiva,

Cofrades de la Esperanza,

Distinguidas autoridades

Sras. Y Sres.:

Resulta, ciertamente, obligado agradecer a la Junta Directiva de nuestra Cofradía – con su Hermano Mayor, José Ignacio, al frente- que pensaran en mi para realizar este Pregón de Domingo de Ramos. No sé quién fue más osado: si ellos proponiéndolo o yo aceptando. Puedo alegar, en mi descargo, que la propuesta se me hizo en la hora de la siesta. Al aceptar, por tanto, la mayor parte de mi riego sanguíneo se encontraba dedicado a las tareas digestivas por lo que no pude reaccionar con la claridad mental requerida y mi respuesta afirmativa fue inmediata. Recuperada la lucidez de pensamiento, ya no había forma de dar marcha atrás; así que llevo meses dándole vueltas a la cabeza e intentando construir un discurso a la altura de las circunstancias.

Permítanme que, en primer término, realice una referencia al lugar que nos acoge. Nos encontramos en la Iglesia Parroquial de San Pedro Apóstol, en el corazón de la ciudad de Murcia. El templo da nombre a uno de los barrios más pintorescos de nuestra urbe. Sitio de encuentro, de bellas plazas, de restaurantes y casas de comidas, de bares de tapeo, ocio y esparcimiento. Centro de la tradición floral de Murcia, especialmente en torno a la festividad de Todos los Santos. Para quienes se declaran impenitentes golosos, como es mi caso, las tentaciones nos acechan todo el año y se incrementan con el mercadillo tradicional que se instala, justo en la puerta de donde nos reunimos, en la solemnidad citada. En esos días, es mejor no contar las calorías y disfrutar de las delicias que se nos ofrecen.

San Pedro es, además, mi barrio. Aunque nací enfrente de la Iglesia de San Lorenzo, y residí durante muchos años en Alicante, al regresar a Murcia, para estudiar Derecho, mi familia se instaló en la casa de mis abuelos maternos, en la Plaza de Santa Catalina. Desde entonces –de esto hace casi cuarenta años- San Pedro es mi Parroquia, a la que me siento íntimamente unido. Aquí se casaron mis padres, celebraron sus bodas de oro mis abuelos, contraí matrimonio, bauticé a mis hijos, rezo por mi difunto padre y asisto, salvo raras excepciones, a la Eucaristía dominical.

En los pregones es habitual hacer mención a las bellezas que atesora el lugar en el que se desarrollan. Me van a permitir que, en esta ocasión, prescindiera de ello, pues no soy experto en arte y, además, saltan a la vista. En vez de hablar de los materiales del templo, prefiero referirme, como dice San Pedro en su primera carta, a las piedras vivas que constituyen la parroquia¹ y, en particular, a los sacerdotes que guían a esta comunidad en su peregrinar en la tierra. Doy gracias por todos los párrocos y sacerdotes colaboradores que Dios, en su providencia, ha puesto en nuestro camino y que, al tiempo, fueron consiliarios de nuestra Cofradía. Me parece oportuno tener un breve recuerdo para cada uno de ellos.

A principios de los años ochenta del pasado siglo, llegó a nuestra Parroquia D. Antonio Meseguer Montoya. D. Antonio es el último sacerdote a quien siempre vi con sotana, incluso cuando montaba en moto o bicicleta, cosa que hacía frecuentemente. Aunque no se lo oí a él, creo que compartía lo que escuché a un viejo sacerdote del campo de Caravaca, que afirmaba: “No digo que todos los que van sin sotana sean malos, pero todos los malos van sin sotana.”. Era un trabajador incansable, multiplicó el culto –muy limitado hasta entonces- de nuestra parroquia, acogió con cariño a grupos como el de Vida Ascendente, acometió obras de restauración y se dedicó en cuerpo y alma a la labor pastoral. Recuerdo de él muchas anécdotas. Así, todos los domingos en los que había elecciones (y les aseguro que esto lo escribí antes de que se convocaran los próximos comicios) comenzaba la homilía de la siguiente forma: “No os voy a decir a quién tenéis que votar. Sólo os recuerdo que quien conscientemente da su apoyo a los partidos que apoyan el divorcio o el aborto, peca gravemente”. Nunca más apropiado el refrán de que a buen entendedor pocas palabras bastan. Su predicación era sencilla, pero siempre basada en una gran experiencia y un indudable sentido común. Era muy dado a compendiar una idea en refranes o frases muy llamativas. Su resumen del Decálogo era el siguiente y nunca lo he olvidado: “Si en el sexto mandamiento no hay perdón y en el séptimo no hay rebaja, San Pedro va a llenar el Cielo de paja”. Conservo con gran cariño un folleto, del que era autor, que me regaló, como preparación para el sacramento, con unas reflexiones sobre el noviazgo y el matrimonio cristianos que me parecieron llenas de sabiduría pastoral y popular. En verano, jamás predicaba pues afirmaba que “en tiempos de melones ni homilías ni sermones”. De verdad que lo agradecíamos mucho, pues carecíamos de aire acondicionado y no es necesario subrayar el calor que nos agobia en los meses estivales.

¹ 1P 2,5

D. Manuel Martínez Mondéjar colaboraba con él. D. Manuel me tenía un gran cariño, pues había sido compañero de colegio de mi padre. No logré que me llamara jamás, a la primera, por mi nombre pues por no sé qué asociación de ideas solía dirigirse a mí como Javier, aunque, al momento, rectificaba.

En el horario de verano, era aún más breve que D. Antonio y seguía obedientemente lo ya dicho sobre la relación entre los sermones y los melones. Que conste, D. José, que no estoy insinuando nada ante la insistencia con la frase. Me limito a constatar un hecho.

D. Antonio apoyó activamente a la Cofradía y su foto preside merecidamente la nave que ésta tiene en Monteagudo.

Cuando, en 1998, se retiró D. Antonio, por razones de salud, pues era de los que no creía que los sacerdotes se jubilan, el Sr. Obispo nos envió a D. Juan Uribe de Cara, proveniente de la parroquia de San Juan de Ávila. No estuvo muchos años con nosotros, pues en 2002 fue nombrado párroco de la vecina San Nicolás de Bari, pero dejó un recuerdo imborrable de bondad. Emprendió las ya entonces inaplazables obras de restauración de la casa parroquial y del templo, con las que llegó el muy ansiado aire acondicionado. D. Juan estaba centrado en las obras misionales, pues vivió en Venezuela entre 1959 y 1965, y era delegado diocesano de las mismas. Un rasgo muy característico de su carácter, y que recuerdo con indudable cariño, era su peculiar sentido del humor ya que solía contar chistes que, caritativamente, llamaremos malos. Pero él los celebraba muchísimo y, además, te los repetía continuamente. Debo decir, para ser sincero, que los feligreses no entendimos muy bien su traslado, pero qué duda cabe de que “doctores tiene la Iglesia”. D. Juan era, asimismo, un predicador sencillo, directo y emotivo. Ya en San Nicolás, celebró su quincuagésimo aniversario de ordenación sacerdotal. Tuve el placer de acompañarle en dicho acto. Después de la misa, nos invitó a comer y ello permitió alargar la fiesta durante unas maravillosas horas de alegría compartidas por todos los que, de verdad, lo apreciábamos.

Con el traslado de D. Juan, llegó D. Domingo López Marín, procedente de Cartagena. No vino solo, pues, como colaborador, le acompañaba D. José Antonio Granados Baeza, que aún sigue con nosotros. Nada más llegar, D. Domingo tuvo que someterse a una intervención quirúrgica y fue D. José Antonio, con ayudas puntuales de otros sacerdotes, quien asumió, en buena medida, la responsabilidad de la parroquia. Uno y otro representaban estilos muy diferentes de celebrar la Eucaristía; en especial por lo que se refiere al contenido y estilo de sus homilías. Ambos

predicaban bien, preparando su intervención, cosa que, como profesor siempre he apreciado. No sé por qué, al compararlas, me acuerdo de la terminología médica. La predicación de D. Domingo era sedante; la de D. José Antonio, energizante. Los feligreses podíamos, por tanto, elegir si queríamos tranquilizarnos escuchando al párroco o si, por el contrario, preferíamos una buena subida de adrenalina con D. José Antonio.

En 2014, tras el triste fallecimiento de D. Domingo, llegó D. Vicente Martínez García. Solo ha estado dos años con nosotros pero deja un grato recuerdo por su accesibilidad, sencillez y buen trato. D. Vicente se considera un “cura de pueblo” y el Sr. Obispo aceptó su petición de traslado a la localidad donde reside la mayor parte de su familia, Molina de Segura.

Finalmente, en 2016, se incorpora nuestro actual párroco y consiliario de la Cofradía, D. José Sánchez Fernández que, como D. Juan Uribe, procede de San Juan de Ávila. Por si aún no lo saben, cosa que dudo si asisten regularmente a sus celebraciones, D. José es de Bullas. En estos dos años, demuestra una gran capacidad emprendedora y ya en los primeros meses inicia un ambicioso programa de obras y actividades: cambio de la megafonía, construcción de la rampa de acceso al templo, apertura de la puerta lateral (con el consiguiente traslado del retablo que obstruía la misma), consagración de un nuevo altar, instalación de iluminación más eficiente tanto del interior como del campanario, adquisición de reliquias de mártires y santos, emplazamiento de una nueva campana y algunas cosas más que no cito para no cansar al auditorio y no ruborizarlo. Asimismo, ha organizado peregrinaciones a Fátima, Polonia y Tierra Santa. No sé qué va a dejar para los próximos años pero me consta que tiene anotada la necesidad de un nuevo sistema de refrigeración y de calefacción, ambos muy necesarios. Desarrolla también su ministerio entre nosotros el Padre Dieudonne que es un regalo que la joven Iglesia del Congo hace a la antigua Diócesis de Cartagena en España.

Recordando a los sacerdotes que han desarrollado su ministerio en esta comunidad parroquial, y otros que no he citado, he recordado un texto del Santo Cura de Ars, San Juan María Vianney, que decía que “ si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor. Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de redención sobre la tierra...¿De qué serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta, el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes...”

Parece apropiado que, ahora, haga una breve referencia biográfica. Vengo, por línea materna, de familia de tradición nazarena. Siempre me ha parecido inverosímil lo que algunos escritores afirman en sus memorias, en las que, con gran precisión, identifican su primer recuerdo consciente. Yo no puedo decir tal cosa con rotundidad, pero, en esa nebulosa de recuerdos que constituye la primera infancia, la etapa anterior al colegio, sí tengo la seguridad de que, en los míos, tiene gran importancia todo lo relacionado con la Semana Santa. Contaba muy pocos años y me encantaba ir a la Iglesia del Carmen y ver cómo mis abuelos, camareros de la Negación, arreglaban el paso; jugaba con el cetro de mayordomo de mi hermano mayor y esperaba impaciente, como buen niño murciano, el paso de las procesiones para regresar a casa con una enorme cosecha de caramelos. Aguardaba el momento en el que, ya algo más mayor, me pudiera incorporar a las filas nazarenas. No conseguí hacer realidad mi sueño infantil, pues, por razones laborales, mi familia se trasladó a Alicante. Ello supuso, para mí, la pérdida de la mitad de la Semana Santa, puesto que, en dicha ciudad, las vacaciones escolares comienzan el miércoles por la tarde. Disponía del tiempo justo de regresar a casa desde el colegio, coger la maleta y salir rápidamente para Murcia para presenciar la primera procesión disponible que era la del Cristo de la Sangre. En una ocasión, uno de mis hermanos y yo no encontrábamos forma de llegar a tiempo en transporte público a Murcia y mi padre, que no podía traernos, nos buscó acomodo en un camión de su empresa que se dirigía hacia aquí. El viaje, en esa época, por carretera de doble sentido y de tráfico intenso, no duraba menos de dos horas. Fue ponernos en marcha, y darnos cuenta, aterrados, de que el conductor se estaba literalmente durmiendo al volante. Nunca se me han hecho más largos los ochenta kilómetros que nos separan de nuestra capital vecina. De verdad que hubo momentos en que creímos que no llegábamos sanos y salvos. Pasamos mucho miedo.

La Semana Santa la recupero cuando llego a Murcia para completar mis estudios universitarios. Además, aquella se iba alargando y enriqueciendo con nuevos desfiles procesionales. En esos años, disfrutaba todo lo que me había perdido en los anteriores. Pero, nuevamente, la vida me llevaba por otros derroteros por un giro totalmente inesperado. Al conocer a mi novia, luego mi mujer, cambié, en los periodos vacacionales, la barroca Murcia por la tropical Florida. El perfume a azahar, que inunda nuestra ciudad en primavera, fue reemplazado por el de la guayaba y el mango; el ronco sonido de las bocinas por la música de las Antillas, los tambores de burla –que resonaban en mi interior con persistencia machacona- por el

ajetreo de una gran ciudad americana; nuestra inigualable luz mediterránea –la claridad en el aire que decía el poeta Jorge Guillén- por la del Caribe.

Ya se pueden imaginar que la Semana Santa en Estados Unidos se vive de una manera diferente a España. Para empezar, no hay días oficialmente festivos; jueves y viernes santos son laborables, aunque algunas empresas, por tradición, no trabajan el día de la muerte de Nuestro Señor. Es una sociedad en la que los católicos no somos mayoría y en la que conviven, generalmente de forma bastante armoniosa, protestantes de diferentes denominaciones, católicos y judíos. Conservo firmemente en el recuerdo dos vigili­as pascuales a las que asistí en estos años de ausencia de Murcia. Una, en Estados Unidos, que duró hasta bien entrada la madrugada. Liturgia larguísima pero de gran belleza y que incluía, en la mejor tradición pascual, bautismo de niños, de adultos, recepción del sacramento de la Confirmación y entrada en la Iglesia Católica de hermanos separados de varias confesiones. Debo reconocer que siento una especial debilidad por los conversos: han recorrido un camino largo y lleno de dificultades para llegar a la casa común en la que nosotros hemos nacido. Su testimonio siempre me impresiona y llena de admiración. Me hace apreciar, aún más si cabe, el regalo de la fe transmitida por mis mayores. Otra vigilia pascual anclada en mi memoria se desarrolló en un pueblo pequeño cerca de Medellín, en Colombia, en una Iglesia semi abierta y cayendo un aguacero de proporciones bíblicas. Duró tres horas, lo recuerdo perfectamente, pero mereció la pena.

Pese a la distancia y la diferencia horaria, siempre seguía mentalmente las procesiones de Murcia: escuchaba a las bandas de música tocar las conocidas marchas, veía la cera resbalar por los cirios, oía el golpe seco de los cabos de andas mandando parar o avanzar, imaginaba tal o cual paso en la plaza de Belluga, de Santo Domingo o de las Flores, y siempre regresaba mentalmente a casa de mis padres para comentar con ellos la procesión.

Una vez asentada toda la familia en Murcia de forma definitiva, cuando el mayor de mis hijos no había cumplido aún los diez años, los tres me pidieron salir en, al menos, una procesión. Lo solicitaron con esa insistencia infantil que, por persistente, nos es tan difícil de resistir a los padres. Contaban además con el respaldo total de mi mujer. Imposible, por tanto, decir que no.

Lo más natural fue la incorporación a la Cofradía que tiene su sede canónica en la Parroquia. Mis hijos mayores se unieron a la Hermandad Infantil y el pequeño fue monaguillo del Cristo de la Esperanza durante bastantes años. Posteriormente, los tres pasaron a la Hermandad del Titular.

Por mi parte, me integré en el Paso de San Pedro. En mi madurez, vi cumplido, con creces, mi sueño de niño y he tenido el privilegio de, durante los últimos años, cargar la bellísima talla del Apóstol que da nombre a esta Parroquia y que nos mira desde su posición privilegiada en lo alto del retablo del altar mayor. Espero que no se esté aburriendo.

Desde entonces, cada año, el Domingo de Ramos seguimos una tradición familiar ya muy consolidada. Después de asistir a la procesión de las palmas y de oír misa, visitamos los tronos, ya adornados para salir por la tarde. Si no los han visto así, todos juntos en la Iglesia, les recomiendo que no dejen pasar la oportunidad y venga al templo el Domingo por la mañana. Poco después, terminamos de preparar lo que vamos a repartir en la procesión por la tarde, comemos rápidamente y nos vestimos todos en casa de la abuela. Cuando, por la noche, regresamos a casa, lo hacemos cansados pero enormemente felices de haber cumplido con nuestra cita anual con la tradición.

Avanza la Cuaresma y pronto estaremos en Semana Santa, conmemorando la Pasión, Muerte y, sobre todo, Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. La Resurrección es la fiesta más importante del año litúrgico. Como dice San Pablo, en su primera carta a las Corintios, si Cristo no ha resucitado, “vana es nuestra predicación y vana es también nuestra fe”². Con frecuencia, me pregunto la razón por la que, hoy en día, las fiestas pascuales, socialmente, han perdido importancia frente a la Navidad. Creo que la respuesta puede encontrarse en la naturaleza del hombre moderno, que no tiene problema alguno en asumir una fiesta de la Encarnación de Dios: un Dios-niño amable, que no molesta y que, en líneas generales, no contradice las ideas esenciales del pensamiento dominante. Pero no ocurre lo mismo con la realidad subyacente en Semana Santa que conmemora la pasión y muerte redentora de Cristo. ¿De qué nos tiene que redimir? La respuesta evidente para cualquier cristiano medianamente formado es que nos redime del pecado, que nos priva de nuestra condición de hijos de Dios. Esto sí supone un serio obstáculo, porque la corrección pensante no acepta la idea de pecado. Nuevamente, nos comportamos como nuestros primeros padres, privándonos de la amistad con Dios: nos creemos sus iguales, no sus criaturas; hacemos nuestra voluntad, no la suya. El hombre contemporáneo, ensoberbecido por sus avances materiales, por sus progresos científicos y por una idea de libertad separada de la Verdad, no reconoce ninguna autoridad

² 1 Cor 15,14

sobre la suya y, por consiguiente, no puede aceptar la idea de pecado ni la de Redención.

Todas estas ideas, fundamento de nuestra fe y de una determinada cosmovisión, son difícilmente asumibles por el hombre ya post-moderno. San Pablo, en su I Carta a los Corintios nos dice que “Cristo ha muerto por nuestros pecados, según las Escrituras”³ y San Pedro afirmaba que “habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros”⁴

Como nos recuerda el Catecismo, la Pasión redentora es la razón de su Encarnación⁵.

Tenemos el deber de hacer nuevamente Catequesis, de recordar ciertas verdades elementales que constituyen el fundamento de nuestra cultura. Dice un pensador inglés contemporáneo que “nuestra civilización tiene sus raíces en el cristianismo, y ha sido la visión de nuestro mundo en términos cristianos la que permite aceptar los vastos cambios que lo han sacudido. La aceptación proviene del sacrificio: ese es el mensaje que transmiten tantas de las memorables obras de nuestra cultura. Y en la tradición cristiana, los principales actos de sacrificio son la confesión y el perdón. Quienes confiesan sacrifican su orgullo, mientras que quienes perdonan sacrifican su rencor, renunciando de este modo a lo que se había apegado a su corazón...La confesión y el perdón son los hábitos que hicieron posible nuestra civilización”⁶.

La belleza de nuestras tradiciones en Semana Santa debe ser un poderoso instrumento de evangelización. Pese la tendencia actual a lo ordinario y lo soez, el ser humano tiene una inclinación natural a la belleza que debemos aprovechar para, como dijo San Pedro, “estar siempre dispuestos a dar razones de nuestra esperanza, pero con mansedumbre y respeto”⁷. Nuestros desfiles procesionales son una oportunidad para ello. Debemos vivir la Semana más importante del año con devoción, meditando sobre los acontecimientos fundamentales de la historia de la Redención, que es la historia del amor ilimitado de Dios por el hombre.

³ 1 Cor 15,3

⁴ 1 P 1, 18-20

⁵ CIC, 607

⁶ Roger Scruton, *Cómo ser conservador*, pags. 44-45

⁷ 1 P 3,15

Les propongo que rememoremos juntos alguno de los momentos de esta historia, que están representados en los pasos de nuestra Cofradía.

La entrada de Jesús en Jerusalén es el tercero de los pasos de nuestra procesión. Esta entrada de cumplimiento, en Jesús, a las profecías mesiánicas. Nos recuerda el Papa Benedicto XVI -en su libro sobre la Pasión y Resurrección, a quien sigo en su interpretación-⁸ que Jesús se pone en camino desde Jericó y poco a poco se le van uniendo un grupo creciente de peregrinos; Mateo y Marcos nos dicen que, ya al salir, había una gran muchedumbre que seguía a Jesús (Mt, 20,29 y Mc 10,46). Entra en la ciudad montado en un borrico prestado. Esto hoy nos puede parecer irrelevante, pero no lo era para los judíos de la época. En cada uno de los detalles está presente el tema de la realeza y sus promesas: Jesús reivindica el derecho del rey a requisar medios de transporte, un derecho conocido en toda la antigüedad.

En Zacarías 9,9 –el texto que Mateo y Juan citan explícitamente para hacer comprender el Domingo de Ramos- podemos leer:

“Alégrate sobremanera, hija de Sión.

Grita exultante, hija de Jerusalén.

He aquí que viene a ti tu Rey,

Justo y victorioso, humilde, montado en un asno

En un pollino hijo de acémila”.

Esta referencia a Zacarías 9,9 –nos recuerda el Papa Benedicto- excluye una interpretación “zelote” de la realeza: Jesús no se apoya en la violencia, no emprende una insurrección militar contra Roma; su poder es de carácter diferente: reside en la pobreza de Dios, en la paz de Dios...

La segunda mención a su condición de Rey es que, cuando monta en el borrico, los discípulos echan sus mantos, lo que también enlaza con la realeza en Israel, como se desprende del Segundo Libro de los Reyes⁹ ya que es un gesto de entronización en la tradición davídica. Asimismo, cortan ramas de los árboles y gritan el Salmo 118 ¡Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

⁸ Joseph Ratzinger (Benedicto XVI), *Jesús de Nazaret, desde la Entrada en Jerusalén a la Resurrección*, págs. 14 y ss.

⁹ II Re 9,13

De la lectura de los Evangelios se deduce que el homenaje mesiánico tuvo lugar al llegar a Jerusalén y que los protagonistas no fueron sus habitantes sino los que acompañaban a Jesús al entrar en la Ciudad Santa.

Esto nos interpela de forma directa: ¿en qué lado nos situamos? ¿en el de quienes lo acompañan en su subida a la Ciudad Santa y lo aclaman como Mesías y Rey? O, por el contrario, ¿estamos con los que pasivamente contemplan su entrada? ¿Somos meros espectadores o seguidores del Mesías?

En el Evangelio de San Mateo, después de la entrada en Jerusalén y de la purificación del Templo, se cuenta que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se indignaron al ver a los niños aclamándolo en el lugar Santo diciendo “Hosanna al Hijo de David”. Jesús les replicó: ¿No habéis leído nunca: de la boca de los pequeños y de los niños has hecho brotar la alabanza?¹⁰, clara referencia al Salmo 8,3 y, obviamente, hay que poner esta escena en relación con lo narrado en los Sinópticos cuando Jesús dice: “Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis; de los que son como ellos es el Reino de Dios. Os aseguro que el que no acepta el Reino de Dios como un niño, no entrará en él”¹¹.

Esta idea la capta magistralmente D. Miguel de Unamuno cuando escribe su famoso poema:

Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar.
La hiciste para los niños,
yo he crecido, a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad;
vuélveme a la edad aquella
en que vivir es soñar.

Este consejo de hacernos pequeños está muy presente en nuestra Cofradía, en la Hermandad Infantil, que acompaña al trono que representa a Jesús y a los niños.

¹⁰ Mt 21,15

¹¹ Mc 10,13-15

Me detengo ahora en la Negación y Arrepentimiento de San Pedro, representado en esta bellísima imagen salida de las manos de Salzillo, que procesiona en cuarto lugar el Domingo de Ramos y que, junto a mis queridos compañeros, he llevado sobre mis hombros, como estante, en los últimos años. Los cuatro evangelistas hacen referencia a este episodio.

Por cierto, si leemos atentamente la Pasión caeremos en la cuenta de que los varones quedamos en muy mal lugar, mientras que la visión sobre el comportamiento de las mujeres es positiva. Varón es quien lo traiciona, los apóstoles son incapaces de permanecer despiertos, una vez que Jesús es aprehendido salen todos corriendo, solo San Pedro y probablemente Juan, se atreven a acercarse a casa del Sumo Sacerdote; en el camino al Gólgota ni están ni se les espera; al pie de la Cruz sólo aparece San Juan; en principio son incrédulos con las noticias de la Resurrección. Como se dice en el lenguaje actual: No hay por dónde cogerlos.

Las mujeres, por el contrario, lo ungen antes de la Pasión (nuestra Cofradía lo recuerda en el paso que porta la imagen de María Magdalena), le siguen por la vía dolorosa, lo intentan confortar durante el camino, están al pie de la Cruz, lo ungen después de muerto y creen de inmediato en su Resurrección. Como jurista, siempre me ha llamado la atención que en los Evangelios sean las mujeres los testigos de la Resurrección. Es una prueba de la autenticidad del relato y de lo relatado. Si los autores sagrados hubieran querido mentir nunca habrían traído a la narración el testimonio de las mujeres. Baste, a estos efectos, recordar que el Talmud disponía que sólo los hombres libres adultos podían ser testigos en los procesos, sin admitir la citación de una mujer o un esclavo. Flavio Josefo, en “Antigüedades judías”, nos dice que, según la ley judía, no era válido el testimonio de mujeres “por la frivolidad y temeridad propia de su sexo”.

Volvamos a San Pedro. Cada Evangelista –probablemente siguiendo tradiciones diferentes- narran la negación y arrepentimiento a su manera. La lectura conjunta de los cuatro nos da una imagen más clara de lo sucedido pues, como en tantas ocasiones ocurre, difieren en lo accidental, pero coinciden esencialmente. San Mateo y San Marcos nos presentan a Pedro, sin saber muy bien cómo ha llegado allí, en la casa del Sumo Sacerdote. Lo encontramos directamente sentado en el atrio de la misma. Vamos, que andaba, nunca mejor dicho, como Pedro por su casa. San Lucas nos da un detalle adicional, puesto que nos proporciona el dato de que, tras el prendimiento, San Pedro sigue a Jesús de lejos y que se sentó en el atrio a calentarse, cosa no inusualmente necesaria en primavera, dada la altitud de

Jerusalén, que se encuentra a más de setecientos cincuenta y cuatro metros sobre el nivel del mar.

San Juan, siempre atento a completar ciertas lagunas narrativas de los Sinópticos, detalla que no sólo Pedro seguía a Jesús, sino también otro discípulo (él mismo). Éste era conocido del pontífice, probablemente a través de su padre, Zebedeo, que era de familia acomodada. Los criados lo dejan pasar, pero Pedro se queda inicialmente fuera y sólo se le facilita la entrada cuando el otro discípulo intercede ante la portera. Ésta le pregunta por su relación con el maestro y el príncipe de los apóstoles niega por primera vez. Pedro no puede pasar desapercibido fácilmente. Hay dos circunstancias que están en su contra. La primera porque estaba con Jesús en el Huerto en el momento de la detención y, además, reacciona violentamente contra ella. Corta la oreja de un criado, milagrosamente sanada por Jesús. Con toda seguridad, parte de los que lo habían prendido se encontraban también en torno a la hoguera. La segunda razón es que San Pedro probablemente no supo, en su interés por conocer lo que estaba sucediendo con el Maestro, permanecer con la boca cerrada, ya que su acento lo delataba de forma inmediata. Era galileo y los habitantes de dicha región tenían una forma de hablar muy peculiar que ponía de manifiesto su origen. Le vuelven a preguntar y niega nuevamente. Es más, jura que no conocía de nada a Jesús. Los Sinópticos coinciden en que Pedro, consciente de su pecado, tras oír el canto del gallo y recordar lo que Jesús le había dicho, sale de la casa y llora amargamente. No sabemos más de él hasta el momento de la Resurrección.

Pero, ¿por qué niega Pedro? Parece evidente que, en ese momento, el elegido por Jesús para dirigir su Iglesia, es un cobarde. ¿De dónde viene esa cobardía? Los intérpretes de las Escrituras piensan que es cobarde por temor (opinión mayoritaria) o, como sostienen algunos, por vergüenza. Creo que es conveniente preguntarnos qué hubiéramos hecho nosotros en la misma situación. Es más, es un interrogante que nos podemos hacer ahora mismo: ¿cómo reaccionamos al ser interpelados sobre nuestra relación con Cristo? ¿Lo afirmamos o lo negamos?

El camino de Jesús a la Cruz, en nuestra procesión, viene representado por la imagen que conocemos como el Nazareno. El Salvador se dirige a la Cruz voluntaria y mansamente para cumplir su destino salvífico. Ese camino consciente hacia la muerte nos debe recordar que nuestro hogar verdadero no está aquí, en la Tierra. Sin importar cuán profundamente amemos el mundo creado por Dios y el lugar de nuestro nacimiento, nuestra vida es un peregrinar hacia el Cielo, nuestra patria verdadera. Debemos cuidar de la Creación y mejorarla, siguiendo el mandato del Génesis, pero sin olvidar que

nuestros ojos tienen que estar puestos en lo alto. Recordemos, como nos advierten muchos pensadores, que cuando creemos que el reino celestial puede ser realizado en este mundo, terminamos construyendo infiernos terrenales¹² y que “quienes desean traer el cielo a la tierra, convierten la tierra en un infierno y los ríos corren rojos de sangre, porque lo primero que deben hacer es lo que no pueden hacer, que es curarse a sí mismos. Si tenemos que ser sanados, debemos seguir el camino de la Cruz”¹³.

El hombre no puede olvidar que tiene un destino trascendente, que es un peregrino y que se encuentra siempre en camino. Y ese camino no debe ser otro que el mismo Cristo que dijo de sí que era “el camino, la verdad y la vida y nadie viene al Padre sino por mí”¹⁴.

Jesús en la Cruz. Tras haber sido injustamente condenado –tanto por las autoridades religiosas judías como por el poder civil romano-, cruelmente torturado en la flagelación, humillado y objeto de burlas, coronado de espinas, es clavado en la Cruz. Sus pies y manos taladrados; sus vestidos, repartidos; su túnica, sorteada; injuriado por los transeúntes; objeto de burla por los poderosos; situado entre malhechores; con sed torturante; con un dolor inimaginable. Y así, durante horas. En la Cruz, Jesús, que pasó su vida pública predicando, habló poco: sólo palabras de perdón a los enemigos, de misericordia para quienes se arrepienten y de su Madre.

Finalmente, se entrega al Padre. Nos devolvió la amistad con Dios y nos liberó del pecado y de la muerte. Jesús pende de la Cruz, en alto, suspendido entre el Cielo y la Tierra, con los brazos abiertos, como queriendo abrazar a toda la Humanidad. Es el verdadero y único Cordero, la víctima expiatoria por todos los pecados del mundo. La sangre y el agua que brotan de su costado, traspasado por la lanza, son el símbolo de que Jesús es el único sacrificio. Los lectores modernos no alcanzamos a entender en plenitud el significado de esa efusión de sangre y agua, pero un lector judío del siglo I de nuestra era lo comprendía perfectamente: cuando un peregrino llegaba a Jerusalén el día de la Pascua, al entrar en la ciudad, veía como en el torrente Cedrón el agua se teñía de rojo, pues la sangre de los corderos sacrificados en el Templo se filtraba hasta llegar al riachuelo¹⁵. Ya no es preciso el sacrificio de más corderos. Nos cuenta Flavio Josefo –en su libro “La guerra de los judíos- que en la Pascua del año 70, unos meses antes de la destrucción por Roma de la ciudad de Jerusalén y unos cuarenta años

¹² Cfr. Mauricio Rojas, *Lenin y el totalitarismo*, consultado en edición digital.

¹³ Anthony Esolen, *Out of the Ashes: Rebuilding American Culture*, pág. 184

¹⁴ Jn 14,6

¹⁵ Vid. Brant Pitre, *Jesus and the Jewish Roots of the Eucharist: Unlocking the Secrets of the Last Supper*

después de la Resurrección, que los sacerdotes ofrecieron más de un cuarto de millón de corderos en el altar del templo: doscientos cincuenta y seis mil para ser precisos.

La Antigua Alianza –sellada y recordada con el sacrificio de animales- es sustituida por la Nueva donde los sacrificios de corderos ya no son necesarios puesto que Jesús es el único sacrificio, que se ofrece una vez y para siempre como se nos recuerda en la carta a los Hebreos¹⁶.

Cristo, en la Cruz, muerto y resucitado al tercer día. ¡Cristo es nuestra esperanza! ¡Qué acertada es la advocación del titular de nuestra Cofradía! San Pablo lo dice con toda claridad en el saludo inicial de la I Carta a Timoteo cuando, al presentarse, afirma que es “apóstol de Cristo Jesús, por el mandato de Dios y de Cristo Jesús, nuestra Esperanza”¹⁷ o en la carta a los Romanos cuando desea que el Dios de la esperanza nos llene de cumplida alegría y paz en la fe para que abundéis en la esperanza por la virtud del Espíritu Santo¹⁸.

En la misa actualizamos el sacrificio de Jesús y ello nos lleva a considerar, aunque sea brevemente, lo que, para la vida del cristiano significa la Eucaristía. Si lo pensamos detenidamente, y sin partir de ideas recibidas desde niños, la Eucaristía es algo asombroso. Casi me atrevería a decir que es un escándalo, una locura. La presencia real de Jesús en el pan y en el vino ciertamente sólo se puede aceptar por la fe. En dos sustancias tan sencillas y de uso cotidiano en las culturas mediterráneas se encuentra el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. La afirmación de esta presencia real y su consideración como alimento nos separa de la mayoría de las confesiones protestantes, que, como mucho, hablan de una presencia “espiritual” o “simbólica”. Aunque para nuestros oídos católicos sea duro y difícil de aceptar, en ocasiones somos acusados, por afirmar esta presencia real, de canibalismo. Esta acusación, practicar canibalismo y realizar sacrificios humanos, no es nueva, ya la soportaron las primeras generaciones cristianas¹⁹. Es tal el rechazo que existe hacia este dogma católico que para muchos protestantes en el camino de la conversión es uno de los últimos obstáculos que tienen que superar para poder integrarse de forma plena en la Iglesia. Recuerdo el testimonio de un joven pastor protestante convertido a nuestra fe sobre la primera vez que fue a comulgar. Contaba que le temblaban las piernas, en realidad todo el cuerpo, pues iba a

¹⁶ Cfr. Hb 10, 11-14

¹⁷ 1 Tim 1,1

¹⁸ Rom 15,13

¹⁹ Scott Hahn, *La cena del Cordero*, pág.49

comer a Dios bajo las especies de pan y vino. Es más, afirmaba que, si los católicos creyéramos de verdad lo que afirmamos sobre la presencia real, este temblor lo tendríamos siempre que nos acercáramos al altar para participar de la Eucaristía.

Siendo niño, vino a mi colegio, a dar una charla sobre sus expediciones, el gran explorador español Miguel de la Quadra Salcedo. Nos contaba sus experiencias en sitios remotos de la selva y, en concreto, sus encuentros con algunas tribus que practicaban la antropofagia. Nos decía que, muchas veces, el canibalismo era ritual pues lo que se pretendía al comer a una persona era, de alguna manera, asimilar las virtudes de la víctima. Hizo una comparación que, en ese momento, me chocó una enormidad: así como los antropófagos quieren, mediante la ingestión, hacerse uno con el comido, nosotros –los católicos- somos “teófagos” (literalmente, nos comemos a Dios) y la razón es la misma.

Los protestantes nos preguntan: ¿cómo vamos a comer el cuerpo y la sangre de Jesús si ello va directamente contra las leyes dietéticas del judaísmo que prohibían taxativamente la ingestión de sangre tal como se puede leer en el Génesis²⁰ (9,3-4), Levítico²¹ y Deuteronomio²²?

La respuesta es sencilla: no hacemos sino cumplir el mandato del Señor tal como nos lo encontramos en el Capítulo 6 de San Juan, cuando Jesús enseñaba en la sinagoga de Cafarnaúm

“En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”²³.

Las palabras de Jesús no dejan margen de interpretación. Habla en sentido real. Tanto es así que San Juan da cuenta de que muchos de los que le seguían se escandalizaron. Decían que esa enseñanza era dura, que no se podía escuchar. Añade el Cuarto Evangelista: “Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él”²⁴.

²⁰ Gén 9, 3-4

²¹ Lev 17, 10-12

²² Dt 12,16

²³ Jn 6,53-55

²⁴ Jn 6,66

En la Última Cena, tal y como nos ha llegado en el relato de San Mateo, Jesús dice: “Tomad, comed; este es mi cuerpo” y “Bebed esta es mi sangre,”²⁵.

La Eucaristía es el testimonio del Amor de Cristo y el amor, no es necesario insistir en ello, es lo más importante. Y, como buenos discípulos, debemos permanecer en su amor. San Juan de la Cruz lo dijo con bellas palabras: “ En el atardecer de la vida seremos juzgados en el amor”.

El monje benedictino inglés del siglo XX, John Main, lo expresa en un hermoso texto:

“El sentido de la vida es el misterio del amor.

Así como las raíces de los árboles los mantienen firmes en la tierra,

Son las raíces del amor las que hacen que nuestro ser permanezca unido”.

No me es posible extenderme, como se merece, en toda la riqueza de la Eucaristía. Si tienen la oportunidad –y leen inglés pues creo que aún no está traducido- recomiendo un maravilloso libro que se titula “Jesús y las raíces judías de la Eucaristía”, del profesor americano Brant Pitre. Nunca he visto tanta erudición al servicio de la fe.

Los teólogos afirman que nuestro Dios Uno y Trino es, de alguna manera, una familia. La Escritura y la predicación de Cristo nos aseguran que somos hijos de Dios. Nuestra relación con Dios es, por tanto, familiar. En la célula social básica, la figura de la Madre ocupa un lugar central. Por tanto, nunca subrayaremos suficientemente la importancia de la Virgen María, venerada en nuestra Cofradía bajo la advocación de “Virgen de los Dolores”.

María es la nueva Arca de la Alianza, la portadora en su vientre de Jesús. Por eso, desde los primeros siglos del cristianismo, le dimos el título de Madre de Dios.

He tenido la suerte de poder viajar mucho y he visitado innumerables iglesias católicas y protestantes. En las primeras, siempre me encuentro como en “casa”, se percibe el calor del hogar. Creo que ello se debe a dos circunstancias: la presencia real de Jesús en el Sagrario y la espiritual de su Madre, representada por una imagen o un icono. A las protestantes, les falta esa sensación: ni hay sagrario ni está su Madre. Hijo y Madre son

²⁵ Mt 26, 26-28

inseparables: “Donde está el Hijo está la Madre” y “donde está la Madre está el Hijo”.

Como antiguo alumno Marista, tanto en Murcia como en Alicante, aprendí bien, y nunca he olvidado, lo que su fundador, San Marcelino Champagnat, enseñaba y ha quedado como lema de la Congregación.: “Todo a Jesús por María”.

Voy terminando. Pregonar el Domingo de Ramos y la Semana Santa no puede quedarse en afirmar que tenemos unas hermosas imágenes, que las tenemos; ni que las procesiones que sacamos a la calle son bellísimas, que los son; ni que Murcia, en primavera, está especialmente acogedora, que lo está, y que merece la pena pasar unos días con nosotros, que lo merece. Pregonar la Semana Santa es decir en voz alta que Cristo, nuestra Pascua, nos ha redimido por su sangre –como dice el conocido himno góspel “día feliz en el que nuestros pecados fueron lavados²⁶- y que el Padre lo ha resucitado de entre los muertos al tercer día. Y esta realidad debe guiar nuestra existencia y pedir, como lo hacemos en la oración de Laudes de la Semana I del Salterio, “que la claridad de la Resurrección ilumine las dificultades de nuestra vida; que no temamos a la oscuridad de la muerte y podamos llegar un día a la luz que no tiene fin”.

Os invito a vivir con intensidad la Semana Santa. Y ello significa no sólo participar activa o pasivamente en nuestras hermosas procesiones y tradiciones sino, sobre todo en las celebraciones litúrgicas del Triduo Pascual. Y estoy seguro que represento el sentir de nuestro párroco si os invito especialmente a venir a la Vigilia Pascual.

Voy a permitirme imitar la forma que D. José tiene de terminar sus homilías. Me llamó, en su momento la atención que lo haga así, porque la primera vez que lo oí, recordé que fueron las palabras que escuché del recién elegido Papa Juan Pablo II cuando salió al balcón de la Basílica de San Pedro. Y me gustaría que la respuesta lo sea de corazón, con energía, con ánimo y no por rutina sino poniendo toda la fuerza de nuestra fe y de nuestro amor a quien ES realmente el AMOR. Me reservo, como en los juicios, la última palabra:

¡ALABADO SEA JESUCRISTO!

²⁶ Oh happy day, when Jesus washed my sins away. “Oh happy day” es la conocida versión góspel, originalmente grabada por los Edwin Hawkins Singers, de un himno inglés del siglo XVIII escrito por el clérigo protestante Philip Doddridge.

AMEN.